

MARTÍN FIERRO



Nuevos triunfos

*Las manos soberanas
Votando por la huelga
Se ierguen en la sala del combate
A guisa de banderas.
— ¡Banderas de dolor y de justicia
Flameando hacia los vientos de la idea! —*

*Infamias seculares
Que el espíritu agitan y sublevan,
Sombras de cien rencores
Que están formando levaduras nuevas.
Eso indican las manos
— Manos que son banderas —
Erguidas en la sala
Votando por la huelga.*

*Pechos que se levantan
Cual si á romperse fueran,
Voces que de ellos salen
Estrepitando de pesar y fuerza;
Dicen las esperanzas
Que brillan en los ojos de la gleba.
Las esperanzas rojas
De todos los que alientan
Cargados con el peso de la sombra
Que amontonara ciega
La ruin generación de los verdugos
Sobre los hombros negros de miseria,
Sobre los pobres hombros
Del pueblo triste que á vengarse empieza!
Del pueblo que hoy reclama la alegría
Luz de la vida y alma de la tierra.*

ALBERTO GHIRALDO.

BIER-CONVENT CUYO esq. MAIPÚ

BUENOS AIRES

— DE —

LUZIO Hnos. Y MONTI

Restaurant y Cerveceria --- Salones especiales para familias y banquetes

Atención Vegetarianos

Restaurant Vegetariano

Unico Establecido en Buenos Aires

449 CALLE 25 DE MAYO 449 (ALTOS)

Acudid á el todos los que desesís una vida sana y alegre. Fijaos bien que la base de la existencia está constituida por una sana alimentación.

Restaurant Vegetariano

25 de Mayo 449 (altos)

G. San Germier

Por cinco pesos

Se manda libre de porte un surtido de 25 paquetitos de semilla al gusto del comprador, un LINDO OBSEQUIO y un calendario de las semillas.

Alfalfa de la Pampa

CALLE LIMA 1165 - Buenos Aires

LOS OBREROS Casa fundada en 1884

DE **Federico Roveda**

ROPA HECHA Y ARTÍCULOS

PARA TRABAJADORES

619 CALLE DEFENSA 619

NOTA. Nuestra ropa no se descose. Pida V. catalogo

I. Bonansea

CIRUJANO, DENTISTA - MECANICO

990 Calle Moreno 990

BUENOS AIRES

Justino B. Lamarque

CIRUJANO-DENTISTA

Ex-gefe del consultorio Odontológico de la A. Pública

Horas de consulta: de 8 á 11 y de 1 á 6

Calle Artes 543 - Buenos Aires

FOTOGRAFIA

REFFO

Defensa 861 - Buenos Aires

MARTIN FIERRO

Suplemento semanal de «La Protesta»—aparece los lúnes

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: **Santiago del Estero 1072**

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ADELANTADA

EN LA CAPITAL

Trimestre \$ 1.20

Año « 4.80

Exterior: \$ 4 oro al año.

EN EL INTERIOR

Trimestre \$ 1.80

Semestre « 3.50

Año « 6.00

Numero suelto: 10 centavos

— Provincias: 15

AGENCIA DE MARTIN FIERRO EN EL ROSARIO: LIBRERÍA DE E. SOTELO. CÓRDOBA 1288

MARTIN FIERRO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: SANTIAGO DEL ESTERO 1072

DIRECTOR: ALBERTO GHIRALDO

Año I

Buenos Aires, Enero 16 de 1905

Núm. 45

Medios de preservarse contra la locura

(Conclusión)

Del punto de vista individual, la principal causa de la locura es la predisposición hereditaria. De manera que el mayor desatino que puede cometer un nervioso es casarse con una persona de temperamento histérico. Si el neurópata fuera bastante inteligente no se casaría; y no lo haría, no sólo por consideraciones altruistas sino igualmente por egoísmo. De todas las enfermedades ninguna es tan hereditaria como la locura. Es un hecho que la degeneración patológica del espíritu se opera comunmente á través de tres ó cuatro generaciones. Al principio no es más que un temperamento irritable, con explosiones de pasión y de violencia. Agravándose en la siguiente generación, se transforma en epilepsia ó histeria; en la tercera generación estas neurosis se convierten en cualquiera de las formas de alienación mental; hasta que por fin en la cuarta generación aparecen la sordomudez, la imbecilidad y el idiotismo—felizmente acompañados de la esterilidad.

Matrimonios favorables, una buena educación, y una conducta moderada pueden detener el proceso degenerativo y regenerar una familia. Pero todas estas cosas dependen sólo del azar, permanecen fuera del dominio humano.—Habría sin embargo, que dominarlas—y á ello se llegará fácilmente cuando lo que llamamos «cultura» de los individuos no consista en vanas y funestas habilidades.

La predisposición hereditaria no es más que la condensación en el organismo, de las huellas fisiológicas de la intemperancia y de las grandes pesadumbres ó torturas de sus ascendientes. A veces, no hace falta otra causa para que la locura se declare en el individuo. Pero lo mas general es que la mala disposición hereditaria del sugeto, sea reforzada por su incontinencia, ó por causas morales, ó por ambas cosas á la vez.

Las angustias inmotivadas que experimenta el neurasténico nato, tienden á agravarse debido á sus propias inspiraciones. Se despierta uno y se siente angustiado... porqué? no se sabe... se quiere trabajar... esa angustia misteriosa lo echa á la calle... Se anda de aquí para allá, y la angustia no da tragua. Entonces se juega, se bebe, se ama para aplacarla; pero el día siguiente la an-

gustia se presenta de nuevo. Los nervios piden estimulantes, y los estimulantes acaban de alterarlos. Hay pues que renunciar á los estimulantes y al placer, porque estos auxilios artificiales se pagan caros.

Es frecuente que las personas de temperamento impresionable, desde que tienen cualquier esfuerzo que hacer recurran al uso de estimulantes para darse el *nervio* necesario. El mismo resultado se obtendría ventajosamente por la alimentación y el reposo, y por el ejercicio de la voluntad; pero falta la paciencia y sobra el hábito de no rehusarse nada. Por ese camino, el individuo confiado en la Providencia, ó desesperanzado de poderse conducir, acentúa progresivamente su mal.

Una buena educación, comenzada cuanto más temprano mejor, es el tratamiento indicado para los predispuestos. Una educación que enseñara al hombre á conocerse á si mismo y á conocer el mundo que lo rodea—ambos conocimientos se implican el uno al otro, pues el hombre es inseparable de su ambiente. Una educación que armonizara los pensamientos y las acciones entre sí y en relación con las circunstancias exteriores inevitables. Una educación que se propusiera exclusivamente el desarrollo del individuo considerado como una integridad, como un todo armónico—en la que el estudio de la higiene física se completara, ó mejor dicho se identificara con el estudio de la higiene mental. Una educación que no considerara al espíritu dividido en categorías, (inteligencia, sentimiento, voluntad) á las cuales sería preciso aplicarse sucesivamente. Todo estado de conciencia saludable debe ser á la vez idea, sentimiento y propósito. Toda nueva adquisición intelectual debería inmediatamente ligarse á la conducta; la destreza ó ejercitación de la mano, ojo, ó músculo, debería implicar una idea y un sentimiento. Cada paso de la buena educación debería interesar simultáneamente á todos los elementos componentes del espíritu. Este concepto completamente nuevo, es casi lo contrario de todo lo que se conoce con el nombre de educación. Pues aún lo que suele preconizarse como «educación integral» se limita á reconocer la necesidad de un equilibrio en la cultura del espíritu y del cuerpo, del entendimiento y de la moralidad; pero no se plantea el problema de una educación verdaderamente simultánea,

que considere en cada instante al sujeto en toda su unidad.

La pésima orientación de las creencias y sentimientos reinantes en la presente sociedad, impedirá, mientras dure, una solución acertada del problema de la educación. Para definir lo que debe ser la educación, es indispensable ver claramente cual es el objeto de la vida. Si en este punto se permanece ciego, no será posible descubrir los verdaderos métodos de una educación benéfica.

Hoy la opinión más general es que el fin de la vida es «la respetabilidad». Se busca por sobre todas las cosas la riqueza, la posición, los aplausos — precisamente lo más propio para engrenrar y para dar aliciente á inclinaciones desastrosas. De aquí que nuestras escuelas preparen al hombre para «la respetabilidad». Dar una profesión ó un oficio, dar á cada uno un máximum de poder productivo, conocimientos generales ó un talento negociable, no viene á ser más que un medio dentro del ideal. Pero semejante ideal implica las decepciones de la ambición, los celos, los pesares, la pérdida de la fortuna, las torturas del amor propio herido, el trabajo excesivo que arruina la salud. Con el ideal de la respetabilidad, en una á varias generaciones, toda salud concluye por hacer bancarota.

Vuestra religión es una calamidad, vuestras leyes son una calamidad, vuestras costumbres son una calamidad, lo son vuestra industria y comercio, vuestras artes y vuestras ciencias, vuestra educación y vuestros libros, y todo cuanto os pertenece y os complace. Os llevará el Diabolo. Podéis reiros diciendo: «he aquí un loco que que quiere preservarnos de la locura»... y qué?... Con toda vuestra risa, os llevará el Diabolo.

Una persona sanamente cultivada, jamás será presa de ciertos sufrimientos. Para un hombre que haya dado á su vida un objeto verdadero, y que esté decidido á pasar por todo para alcanzar ese fin, no puede haber ambición burlada; tampoco puede haber ni la más leve envidia, pues no le importa que tal grande acción, sea su obra ó la de otro, siendo su único interés que la cosa se haga. Tampoco sufrirá mucho por la pérdida de su fortuna, desde que ha sabido justipreciar lo que la fortuna puede darle y lo que no puede darle; y su amor propio nunca será herido, desde que se ve claramente la dependencia de todas las cosas, y la vanidad de las vanidades.

En cambio, los que tienen el hábito de engañarse á si mismos, aquellos cuya fe esta en pugna con sus obras, estan inhabilitados para una resistencia seria ante las calamidades que la suerte les depare.

Los hombres dueños de sí, aquellos que han sabido desarrollar deliberadamente sus poderes íntimos, son un milagro. Los hombres son casi siempre un producto del azar; la formación del caracter está supeditada á las circunstancias accidentales de la vida y á las sugerencias ambientales, los individuos

obedecen servilmente al mundo exterior particularmente á la Sociedad en que viven su esclavitud los debilita y corrompe—y los ofusca á tal punto que ignoran por completo que nacieron para reinar, que en el fondo de su naturaleza yacen poderes maravillosos.... Absorbiéndose en su trabajo profesional el hombre civilizado agrava su pequeñez, sus poderes íntimos declinan y acaban por anularse, y asi cuando les cae una desgracia tiemblan como niños y su salud peligra.

¡Cuantos hay, á quienes aparte de la rutina de sus tareas y de sus diversiones, nada les interesa, y están por lo mismo resbalando hacia el hastío y la imbecilidad. Peor todavía es la condición del que hace del éxito en los negocios el fin de su vida: un error de cálculo ó un accidente puede echar por tierra los resultados que lo tenían tan orgulloso; y entonces, helo ahí sólo y sin defensa ante los pesares, hundiéndose en la melancolía y de la melancolía cayendo en la locura. Descuidar la cultura de los altos sentimientos y de la inteligencia que se les asocia, es quedar á merced de las circunstancias exteriores. El esfuerzo de mejoramiento propio debe ser continuo y sin término de reposo.

No hay más que un verdadero remedio contra el sufrimiento y es la acción. La actividad amortigua las emociones, las excluye mientras dura. Hay que elegir las voliciones que nos convienen y desarrollarlas por el ejercicio. Esta disposición es rara dentro del presente estado social, y lo que impera con el nombre de educación lejos de favorecerla, la dificulta. Mucho más frecuente es la costumbre inveterada del auto análisis que da origen á un egoísmo enfermizo. Un hombre que haga de su personalidad el centro de gravitación de todos sus pensamientos; si persevera tiene que acabar mal. Este es el peligro de muchas naturalezas excepcionales por su impresionabilidad: artistas, poetas, reformadores y filósofos apasionados. Por antipática que sea la sequedad de alma, y aun que nada haya más seductor que el fuego de las pasiones, y aunque todo el encanto de la vida resida en ciertos estados emocionales, es malo alimentar exclusivamente nuestra sensibilidad á expensas de la inteligencia fría y de la acción energética. Estas dos últimas formas de actividad del espíritu son las que robustecen la coordinación de los sentimientos que, espontánea como puede ser, de hecho suele resultar deficiente y entonces exige el auxilio de lo que llamamos ideas y voliciones. Como se vé, aqui después de elogiada la Razón y la Voluntad, se las coloca en su verdadero terreno, es decir no como acostumbra los moralistas por encima de los sentimientos sino por el contrario, eternamente subordinadas á ellos, creadas por los Deseos y para los Deseos—y solamente necesarias en la medida en que hay desorden en los Deseos.

JULIO MOLINA Y VEDIA.

Las naciones están destinadas á fundirse para formar una sola que destruya las fronteras. — CHEVREUIL.

EVANGÉLICA

—¡LEVANTA!

Y al influjo de aquella voz potente, Lázaro, el hombre justo, irguióse lentamente y con sus manos débiles abrió el blanco sudario mostrando á los presentes su rostro funerario.

—¡VIVE!

Y por sus mejillas de cera, amarillentas, corrieron nuevamente en ondas violentas los glóbulos sanguíneos, y el corazón callado hizo sonar de nuevo su ruido acompasado.

—¡ANDA!

Y los miembros flojos cobrando su energía al hombre encaminaron hácia la luz del día... Mas bajo el sol detuvo su paso, triste, hurano, como si despertara en algún mundo extraño.

—¡HABLA!

Y se oyó tan solo un balbucear incierto frío como el aliento del sepulcro entreabierto. Miraba fijamente al Justo, y con tristeza volvía hácia la tumba la pálida cabeza...

La turba le miraba, absorta, cual si viera en él el gran misterio de la existencia eterna, y hasta el propio Mesías meditaba, callado, sobre aquel gesto extraño, cruel é inesperado.

Por fin, haciendo á un lado á niños y á mujeres, de pié junto á los hombres preguntó:—¿QUÉ QUIERES? y él, voz de duelo eterna que en el mundo retumba:

—¡¡¡LA PAZ!

...Con paso lento volvió hácia la tumba...

JUAN MAS Y PI.

Un gaucho en Paris

Salíamos de lo de Baratte, casi á la aurora, el estómago rejuvenecido por incomparable *soupe á l' oignon*... Y, en medio de las *Halles Centrales*, nos habíamos detenido, por la quingentésima vez, el poeta Machado, dos nocturnas doncellas y yo, á contemplar las inmensas pilas de zanahorias, coliflores, lechugas, melones, repollos, y los innumerables canastos rebosantes con frutas de la estación.

Estábamos como siempre maravillados ante el opulento y variado conjunto que todas las mañanas, transforma las veredas en mágica paleta de algún gigante hecho pintor. De repente:

—¡A la pucha! ¡caray! — sonó, cansada, una voz.

Nos dimos vuelta. Un joven alto y casi barbilampino se estaba sentando sobre el cordón, gelatinoso con los detritus de los gumbres.

—¡Que doloridas tengo las patas! presiguió. ¡Bien dicen que los gauchos no sirven pá camibetas!...

Me dió un codazo Machado:

—¡Ché! Suizo argentino: un atorrante de tu país.

—¡Callate! Machucado, sevillano de Galicia, ó te recito tus versos! Vamos á ver lo que tiene ó, mas bien, no tiene en el vientre este pobre hombre.

Nos aproximamos todos:

—¡Holá! amigo, ¿que está haciendo por aquí?

Saltó como una gama:

—¡Usted es porteño, señor! y extendía las manos al cielo; lágrimas de alegría corrían por sus enflaquecidas mejillas.

—¡No! pero soy como si fuera de Buenos Aires. Vamos á un boliche, que debes tener hambre. Me contarás tu historia después. Pero, de dónde sos vos?

—De Guaminí, pá servir á usé, señor.

Y nos encaminamos hacia *Le chien qui fume*. Siempre listas para lo excepcional, nuestras parisienses se morían de risa y ambas, sin previo acuerdo, fueron á sus-

penderse de los brazos del nuevo compañero, charlando en francés, mientras él, haciéndose el compadrito, contestaba á cada pregunta:—Vui, vui: madama. Fe bo tan. Paris, tré yoi!...

Los seguíamos á corta distancia. Hice notar á Machado la gallarda figura de nuestro criollo. «Todo un buan mozo, decía yo; así son los paisanos de allá. Y, á pesar de ser arrugado, se vé que su traje es de buen paño negro y de no mal corte. ¿Ves cómo camina repartiendo piropos y sonrisas á las niñas? Diriese un caballero de la corte. ¡Cuidado, Machucado, que te va á robar la niña!» Y le devolví con creces su anterior codazo.

Lindo espectáculo nos ofreció el novel amigo devorando, con poderosas mandíbulas de fiere, fiambres, bifés, rosbifés, costillas y tortillas: ¡el *menu* de Camacho! y guiñándonos con ojos algo sorprendidos, mientras engullíamos, docena tras docena, ostros de Marennes.

—Me perdonará el señor mi atrevimiento, acabó por decir: pero, ¿qué son estas bestias?

—Son cangrejos del Sena. Salen del agua ya fritos y con salsa. ¡Probalos!

—¡No, señor! que parecen muy verdes, como las perdices pasadas. Más me gusta este carlón. Nunca he chupado tan gueno. ¡Es un nétar!

—Garçon, une autre bouteille de Médoc pour Monsieur et trois bouteilles de Châblis pour nous.

—Pero no hay mas dinero, me suplicó al oído Machado.

—¡No importa, Manchado! Has de saber que los francos han sido inventados para gastarse... ¡francamente! Y todavía tengo cincuenta.

Una vez llenas las copas:

—Aura, Juan Moreira, largá tu milonga. Se la explicaré á estas condesas que te tragan con tamaños ojos, como si fueses nada menos que don Bartolo.

—Con permiso, pues, ya que usted man-

da, le manifestaré que soy Pedro Lopez, hijo de Santiago, que tiene un puesto de la Larga de Guamini. El año pasado estuve de conscrito y me gasté tuita la platita. Así es que cuando don Rufino, el comandante, me contrató pa arriar una punta 'e vacas á Buenos Aires, me creí ya un Anchorena. Una noche topé en el Paseo de Julio con el capataz del vapor en que ayudaba á cargar los animales. Me convidó con vermú, vuski, ol tomo dyin, la mar! ¡Güeno! me mamá, él también, pero no tanto, porqu' era inglés, y me hizo poner el nombre en un papeliito diciendo que me iba con él á París de Francia ná cuidar l' hacienda y ver la Torre Aifell. Y me embarqué.

—¡Como carnero!...

—¡Es verdad, señor, pero lo hecho no tiene remedio. Encontré á cinco Argentinos mas abordo y la primera noche la pasamos cantando vidalitas. En Montevideo, linda ciudad, se cargaron más reses. Todo iba muy bien: buena comida, pan fresco y vino. Era una gloria. Pero una vez en el mar todos nos enfermamos, echando tripas por la boca. El capataz nos hizo levantar á puntapiés para ir al trabajo. Protestamos y uno peló la daga. Entonces los marinos nos engrillaron, nos quitaron los cuchillos, los cigarrillos, y nos encerraron en la bodega. Con la rabia nos habíamos curado. «Hay que sufrir para ver París», dijo uno. «Pero una vez allí será una fiesta de los angelitos», contestó otro. «Güeno! repliqué yo, vamos á aguantar; pero una vez en tierra ¡que paliza macanuda les vamos á dar!». Así es que á las 24 horas cuando nos vinieron á sacar, amenazándonos con privarnos del tabaco y de la guitarra si no obedecíamos á la autoridad, nos hicimos los chanchos rengos y volvimos con gusto al aire y á la tarea.

—Y la travesía: ¿que tal?

—No fué mala, señor, pero el rancho ni para perros. Vimos San Vicente, una isla con una majada de negros sin camisa, nadadores como patos de laguna; y una piedra, más petiza que la del Tandil, que se llama la Gata del Diablo. Todos hicimos la señal de la cruz y rezamos á la Virgen de Lujan. Después estuvimos en Ternerifa, donde hay camellos... ¡pero tan jorobados por el oficio!... y también en Madera, donde los bueyes arrastran carros sin rueda. ¡Así son los países salvajes!

—Muy bien, muy bien! Viajando se aprende.

—Por fin, después de 34 días de sarandeo, vimos un país muy verde, con sierras llenas de árboles, de jardines y de casas. Eran las costas de Francia. «¡Gracias á Dios!» gritamos y, abriendo tamaan boca, tratamos de adivisar París, y la Torre Aifell.

—¿Había mucha neblina?

—¡No, señor! es que nos dijeron que no habíamos llegado todavía y que no era sino el Havre. Pero, ¡qué belleza de pueblo! Con la sonrisa en los labios nos dijo Robinson que podíamos bajar á tierra y nos dió una esterlina á cuenta del sueldo para divertirnos tuita la noche, con la condición de estar á bordo á las 4 de la tarde, pero no antes, por causa de la sanidad. No sabíamos una jota de francés, pero en la primera fonda y en las demás no tuvimos sino que decir:

¡Ron! y en seguida nos entendían. ¡Que país inteligente! Hasta las mujeres se portaron.

—Al ñudo, compañero.

—Todavía con turca y media nos fuimos al puerto, ya á las 2. Había levantado el ancla el *Teriton* ó *Tirriton*, que así se llama, y se alejaba con mucho humo, como diciéndonos que nos había fumado. «¡Ladrones, asesinos, canallas, infames!» aullamos. No se paró el vapor. Iba á Liverpool. Uno de los nuestros se tiró al agua, pero felizmente lo repescaron. Se nos había pasado la mona. Nos fuimos á la comisaría. Nos indicaron el consulado, pero no había allí sino el canceller, un franchute, que nos dijo que no tenía fondos. Con los escasos francos que nos quedaban, resolvimos ir á pié hasta París y aquí me tiene desde hace cuatro días. Hemos dormido en los bancos y, cuando llovía, bajo los puentes. Ayer nos hemos separado para buscar mejor la vida dándonos cita en el mercado, pero no he visto más á ninguno. ¡Se habrán extraviado con tantas encrucijadas!

—¿Y no encontraste á ningún argentino?

—¿Cómo no, señor! á varios he seguido desde el teatro de la Opéra. Uno me dió 5 francos, pero eran falsos y casi me ponen preso. Otros me dijeron que habían venido á París con justo lo necesario para la familia. Supe la dirección de un ricachón que había sido algo ladrón en los bancos y lo esperé en la puerta de su palacio. Me dió un cobre, diciéndome: «No estoy como pá mantener un haragán piojoso como vos». Le retruqué: «¡Más piojosa será su madre!» y le tiré la moneda á la cara y me largué como avestruz, porque ya venía un vigilante. En fin, señor, mercé á su bondad, he comido por primera vez en 48 horas. Pero estoy desesperao, no sé cómo volver á la patria. También en el consulado de aquí, me han echado tres veces siempre por falta de fondos. ¡Tampoco los tiene ahora mi pantalón, y, sin embargo, no es consull!...

—Veo que la miseria no te ha quitado la gracia. Bueno, amigo, vendrás esta tarde á mi casa á los dos. Almorzaremos juntos en lo de la Mère Rousseau, donde me fian, y me ocuparé en repatriarte de cualquier modo, siquiera como foguista. Ahí tienes mi domicilio y tomá dos francos para dormir en un hotelito. ¡Adios! y mandate mudar ¡pero ligero!...

—Nos estrechó efusivamente la mano, repitiendo sus testimonios de gratitud, y con paso algo vacilante se retiró.

—Garçon, l' addition!

La cuenta era de 37 francos y pico. En vano revisé todos mis bolsillos; no pude reunir más de 31.

—Machado, amigo mío, me falta medio luis. Supongo que no me lo negarás.

—No me queda mas de cinco francos: estas damas quieren coche... ¿No me dijiste que tenías cincuenta?...

—Has entendido mal: he dicho «sin cuenta». Ahora cuenta tenemos. ¡No importal dejaré mi sobretodo de garantía. El patrón me conoce.

Así fué:

Pedro Lopez ha vuelto á Guamini, Machado á Madrid, pero el sobretodo se ha quedado en París.

Si para la educación de cierto número de muchachas se gastara las sumas que se prodigan todos los años para la diversión de los aficionados á las carreras de caballos, se obtendría un doble beneficio: habría algunas mujeres sensatas de más y algunos caballos éticos de menos. — RIGARD.

Los ignorantes son los primeros enemigos de las mujeres. Hoy pasan el tiempo con ellas, las galantean y son bien correspondidos. ¿Que les sucedería si las mujeres aprendiesen algo? Que perderían completamente el tiempo. — STENDIAL.



SOBRE EL LENGUAJE

Todo aquel que considere el lenguaje como un instrumento del pensamiento, tanto más perfecto cuanto cada parte especial se adapte con mayor precisión á una función especial, no dudará que el empleo arbitrario de los géneros es un defecto. Regular este empleo, de modo que los signos distintivos del género den siempre idea de atributos pertenecientes realmente al sujeto, en lugar de hacer pensar en atributos que no tiene, sería sin duda un progreso. ¿Por qué, pues, las Academias no han introducido esta reforma, de la cual tienen un ejemplo en la lengua francesa?

He aquí otra cuestión más significativa.

¿Cómo se ha llegado en inglés, sin ayuda de ninguna Academia, á sistematizar los géneros? M. Arnold y con él todos los que no tienen fe sino en los agentes provistos de una organización visible, podrían, si quisieran buscar una respuesta á esta cuestión, perder un poco de su confianza en los procedimientos artificiales y tener alguna más en los fenómenos naturales. Investigando los orígenes del lenguaje en general, vemos que todas estas formas complicadas, todos estos rodajes que se adaptan unos á otros con precisión maravillosa, han salido de sí mismos, sin la ayuda ni la vigilancia de un cuerpo constituido, Academia ó análogo; del mismo modo, buscando el origen de este perfeccionamiento particular de la lengua, hallamos también que se ha producido naturalmente. Más aún: este perfeccionamiento ha sido posible gracias á uno de estos estados anárquicos de que se horroriza Arnold. Después del conflicto entre nuestros viejos dialectos, que eran bastante parientes para ejercer una acción común, pero demasiado diferentes para ponerse de acuerdo sobre los géneros arbitrarios cayeron en desuso y los que tenían una razón de ser fueron conservados.

He aquí un cambio que una Academia, si entonces hubiera existido Academia, se hubiera dedicado á discutir, pues durante el período de transición seguramente hubo un desprecio de las reglas y una corrupción aparente del lenguaje del cual no podría esperarse un buen resultado.

He aquí un cambio que una Academia, si entonces hubiera existido Academia, se hubiera dedicado á discutir, pues durante el período de transición seguramente hubo un desprecio de las reglas y una corrupción aparente del lenguaje del cual no podría esperarse un buen resultado.

H. SPENCER.

LOS GRANDES ASESINOS



—Vacher y su corte. (Faltan, entre otros menores, el Zar y el Mikado. Se le olvidaron al dibujante...)

Clásicos Criollos

Dialogo que en la costa del arroyo Canelones en la Banda Oriental, tuvieron los paisanos Norberto Flores y Ramón Guevara, el 29 de Noviembre de 1839, época en que fué invadida aquella República por el ejército de Rosas al mando del general Echagüe.

GUEVARA

Cabal que sí: mesmamente, esa es la causa. Está claro; pues, cuando cesó la guerra que en el Palmar rematamos, á nuestras casas en paz toditos nos retiramos, de tristes rivalidades completamente olvidados; y luego la paisanada volvió anheiosa al trabajo:

En esos días recuerdo que anduve en varios fandangos, y también en las carreras con una porción de *biancos* que fueron en algun tiempo, y con ellos muy ufano me divertía á mi gusto sin mencionar un agravio; y red repente al botón cuatro amoiciosos cruzaron á la otra Banda, y allá con Rosas se concertaron; y á fin que el Restaurador lo repusiere en el mando á Oribe, este le ofreció servirle como un esclavo, y que en la Banda Oriental sería Rosas el amo.

Por supuesto, el gaucha aquel cerró el *quintero* y dijo: «vamos; que si yo le ato las bolas, que se las desate el diablo!» Y en seguida les largó de auxilio á los presinarios, y á esa recua de *matecos* Guaicuruces y Entre rianos, que vienen en la invasion á la obediencia ó al mando del general Chaguané.

FLORES

¡Qué Yaguané, ni qué Zaino, si el hombre se llama Echagüe, Santafecino mentado! . . . Qué fué *agualero* en su tierra, y por eso le ha quedado el nombre de Echagüe.

GUEVARA

Mesmo, Ese es el que viene al mando junto con un tal Chuquiza, que desde que soy cristiano no he oido de ese animal ni las *mentas* en mi pago.

FLORES

Pues, amigo, esa es la gente á quienes nuestros paisanos,

Oribe y los que lo siguen de ruines se han humillado; y esos son los generales de Rosas el afamado, el tigre que en Buenos Aires ya se tiene *dijuntados* más de tres mil infelices; porque es gaucha *desalmado* y matador sin *agüela*. Así, no anda con repasos, y a su madre si se ofrece, ¡le atraca cuatro balazos! Yo ve si será una dicha que Rosas venga á mandarnos a los gauchos Orientales, y que quiere sobajearnos del moco y conformidá que suele en el *Oro Lado*, cuando está de mal humor; ensillar á sus paisanos, ponerlos en cuatro *piases*, y así con un fuelle inflarlos; de ahí echarles *locailas* de aji . . . pero refrescarlos; y por última calilla meterles velas . . . ¡y el diablo! ¿Qué le parece el embeño? ¡La pu. . . jenza, es portañazol!

GUEVARA

¿Qué me parece, decía? Veíay la contestación: aca está mi *garabina*, mis *boies* y mi *taton*, seis *paquetes* por lo pronto, y un *rosillo volador*; y últimamente en el alma completa resolución de atracarle bala al diablo, sin recular: crealó; que si en las guerras pasadas por no dñtrar en *faición* anduve sacando el cuerpo sin meterme á paliador, en esta lucha, ¡lo juro, no tener contemplación con ningun *mateco* de esos que vienen en la *invasion!*

FLORES

Amigo, de un parecer nos encontramos los dos.

GUEVARA

Dejuramente, es preciso forcejar en la ocasión, porque peligra la patria, y debemos en unión defenderla a toda costa; pues morir será mejor encima de una *cuchilla*, que sufrir la humillación con que quiere someternos

á ese tal *Restaurador*,
Y al que piense lo contrario,
como se lo alvierta yo,
al menos le *he de prender*
la *mitad del alfajor*;
y luego, aunque me *afusilen*,
muero agusto: si señor.

FLORES

Me agrada; pero, entre tanto
ya se vá dentro del sol,
y yo debo reunirme
esta noche á mi escuadron;
Si tiene algún *pingo* bueno,
y demás, préstemelo:
el mismo que de mañana
se lo mandaré . . .

GUEVARA

¡Pues no!

Velay ese *malacara*;
con franqueza ensillelo,
y déle como á prestao,
que es caballo aguantador.

Y si llega por la Villa,
quiero que me haga el favor

de comprarme una devisa
bordada, de lo mejor,
con un letrero que diga:
¡Viva la Custitución
y los Orientales libres!
¡Muera Echagua el invasor!

Guevara habló de esta suerte
mientras Flores ensilló;
y luego que al *malacara*
de un salto se le afirmó,
todavía allí Guevara
al estribo le alcanzó
una limeta con *caña*,
á la cual se le durmió
Flores pegándole un beso;
y luego que se templó
gritando ¡Viva Rivera!
dando vuelta rebenquió
y enderezando al camino
á media rienda salió,
diciendo: ¡adios, aparceró!

Amigo, vaya con Dios.

(Conclusión).

HILARIO ASCASUÑI.

El tiempo, con su fuga, hiere ó mata nuestros sentimientos más ardientes y más tiernos. Debilita la admiración al quitarle sus alimentos naturales: la sorpresa y el asombro: aniquila el amor y sus hermosas locuras, quebranta la esperanza, desflora, deshoja todas las inocencias. Que nos deje, por lo menos, la compasión para que no nos veamos encerrados en la vejez como en un sepulcro.—A. FRANCE.

De "El Poema eterno"

Mas quien era Marcial? Que hable su historia.
y cruzarán en vagorosa huida
fríos de muerte y halitos de vida,
sombras de oprobio y esplendor de gloria.

Vidente y soñador; era un ateo
que cambiaba, cual todos, de opiniones,
idolatra incansable del deseo
de palpar la deidad desconocida
que en el antro de luz de sus creaciones
moraba adormecida,
y en su ilusión querida,
amando eternamente
las torpes realidades de la vida,
viendo siempre visiones,
vivió soñando en su pasión demente
en el mundo ideal de las ficciones.

Dominado tal vez por la manía
de adivinar en todo la belleza,
como Zenón creía
que es la madre inmortal naturaleza
la suprema inmortal sabiduría;
y que no existe un átomo creado
que no esté destinado
á revelar en toda su evidencia
esa luz inflexible que nos guía
oculta siempre á la finita ciencia;
y en ese pensamiento ensimismado,
con audacia, con fé, con entereza,
sostuvo que tenía
la divina intuición de su grandeza....

y llegando su ensueño á la demencia,
que entre flores y lauros cruzaría
la carrera triunfal de su existencia,
ante el nimbo de luz que refulgia
en su frente imperial de soberano.....
¡Oh loca fantasía,
como extraviais el pensamiento humano!

Amando la falaz fisolofía,
con el andar mas recio
recorrió de Pirrón hasta Lucrecio
bebien o la fatal sabiduría,
y cruzó de un sistema á otro sistema,
cayendo de un abismo en otro abismo;
adoró con pasión el idealismo
de Platón, el filósofo divino,
y creyendo resuelto su problema
apostrofó á Aristóteles de necio
para volver al fin de su camino
á mirar al divino con desprecio;
y así en materealista convertido
con osada insolencia maldecía
al divino Platón porque creía
que no existen placeres del sentido.

Le atrajo de Pitágoras profundo,
mas que la excelcitud de su sapiencia,
aquella eterna directriz del mundo
que enjendró la bondad de su conciencia,
aquel risueño altar de la esperanza
dó la diosa Armonía está sentada

radiante de esplendor, simbolizada
por una apocalíptica balanza.

..
¡Oh sublime Pitágoras sapientel
que hermoso fuera el sueño de tu mente,
que será realidad en un mañana
de los dormidos tiempos del futuro
que esperan el tañer de la campana
á cuyo son de májico conjuro,
se alzar4 de los báratros profundos
la Justicia inmortal, omnipotente
rigiendo la armonía de los mundos.
Perdido en ese inmenso laberinto
que no tiene ni entrada ni salida,
donde todos los humos de la vida
ennegrecen los muros del recinto,
donde la ciencia con su luz mentida
que no alumbr4 jamás cuanto fascina,
como un mundo al jirar sobre sí mismo,
cada vez que un abismo se ilumina,
abre bajo las plantas otro abismo;
anhelando escrutar lo inescrutable,
quiso sondear en su ávida insolencia,
ese abismo insondable:
la suprema razón de la existencia,
ante la cual rendido se prosterna
y se ajita aferrado á su impotencia
el pensamiento en rotación eterna.

..
¡Empeño inútil del combate rudo!

Quien penetra las causas misteriosas:
simas sin luz del precipicio mudo
del porqué, como y cuando de las cosas?
Quien interroga al misterioso arcano
que rije el derrotero de los mundos?
Quien sondea los báratros profundos
donde jermína el pensamiento humano?
Es sordo el hombre ó la verdad es muda?
Nadie contempla al sol desde la nada
ó el sol no brilla en la rejión increada?

Solo responde el eco de la duda
como una interminable carcajada,
mientras en su fatídico ardimiento,
tras la eterna verdad ambicionada,
sigue el alma abismada
en la profundidad del pensamiento.

..
Bregando en pos de su deidad amada
corrió como un corcé! desenfrenado
para llegar al fin de la jornada
á ver en su osodía
que vive la verdad de la falsía,
como vive la carne del pecado;
y detestando la menguada ciencia,
hundió su filozófica insolencia,
como inútil acero, en su pasado.

LEOPOLDO VELAZCO

Rosario de Santa Fé

UN HÉROE ⁽¹⁾

JUAN HARAPO (*mendigo*) y el COMISARIO DE POLICIA.

Al regresar de noche el mendigo á su habitación estrellada—un banco de una plaza—tropieza con una cartera conteniendo diez mil francos en billetes del Banco. El mendigo se habla solo en una vía desierta, sin un céntimo en sus bolsillos, olvidado y hambriento; podía, por lo tanto, quedarse con el dinero... y sin embargo lo lleva al primer cuartelillo de policía que encuentra. El Comisario se queda, al principio, incrédulo y asombrado, luego le admira y se siente conquistado por su acción, por último proclama que es un héroe y quiere proponerle para una recompensa... de cinco francos. A este efecto le pide su nombre, apellido, profesión y domicilio.

COMISARIO.—¿Cómo os llamáis?

HARAPO.—Juan Harapo, señor Comisario.

C.—¿Vuestra profesión?

H.—La que V. quiera.

C.—Os preguntó, ¿qué hacéis? dónde trabajáis, en fin, vuestro oficio cuál es?

H.—¡Ay señor Comisario!

C.—Me parece que recoger carteras no será una profesión...

H.—Sin embargo, no tengo otra.

C. (*Asombrado*). ¿Cómo? ¿No tenéis un oficio?

H. Me parece.

C.—¿Vivís de renta?

H.—Ni siquiera de la renta de los demás.

Vivo de la caridad pública, señor Comisario. Y, á decir verdad, puedo decir que muy mal...

C.—(*rascándose la cabeza*). ¡Ah, ah! He ahí todo echado á perder. ¡Y yo que sentía simpatía, estimación, admiración por vos! (*con palabra menos entusiasta, casi brusca*). En fin llamemos á las cosas por su verdadero nombre: sois un mendigo, ¿no es esto?

H.—No me vanaglorio de ello, señor Comisario. Claro que, si pudiese, escogería otra posición social.

C.—(*Grave*). Ah! esto es serio; vagabundaje, indisciplina, negativa á cumplir los deberes de ciudadano... (*bruscamente*) ¿dónde habitáis?

H.—En la plaza Anversa...

C.—¡Ah! ¿Habitáis en la plaza Anversa? Muy bien, ¿en qué número?

H.—Sin número, señor Comisario.... es en un banco.

C.—(*Frunciendo las cejas*). ¿En un banco?

H. Sí, en un banco, en el *square*, debajo de un castaño...

C.—Pero buen hombre... estáis bromeando?

H.—¡Ay de mí! No bromeo. Y si le dijere que este banco es para mí la última palabra de la habitación moderna, seguramente no me creería V, ¿verdad?

C.—Entonces, ¿no tenéis domicilio?, un do-mi-ci-li-o?

H.—No señor.

C.—Esto es grave, muy grave. ¿Pero no

(1) De «Le Portefeuille» comedia en un acto.

sabéis que venís *obligado* á tener un domicilio, *obligado* por la ley?

H.—La miseria y la ley, señor Comisario son dos cosas muy distintas.

C.—¿Sabéis lo que es un hombre sin domicilio?

H.—Un desgraciado, probablemente un desgraciado.

C.—No: un refractario, algo así como un desertor civil, tal vez un criminal, pero siempre un delincuente.

H.—No sé si soy un delincuente, pero sí no sé que tengo trabajo, ni porvenir, ni nada, nada...

C.—Porque sois un peligro social.

H.—¿Un peligro social? Míreme usted bien la cara, señor Comisario, y mis manos, y mis pobres piernas flacas y debilitadas... ¿puedo ser un peligro? Además, soy viejo y enfermo, míreme usted bien...

C.—Pero vivís en estado de vagabundaje, incurriste en el delito de vagabundaje. He ahí un caso complicado y aburrido. Héroe... lo sois, ciertamente, un verdadero héroe; pero también sois un vagabundo. Y si no hay leyes á favor de los héroes, en cambio hay multas para los que mendigan.

H.—Estas no faltan nunca.

C.—(Con ironía). ¿No habéis pensado en todo esto mientras recogíais la cartera? Os imaginabais que era una cosa muy sencilla, una cosa muy fácil recoger una cartera con billetes? ¡Ah, que idea, que estúpida idea!

H.—¿Quería usted, pues que la dejara allí, para que la recogieran otros, por ejemplo un rico?

C.—Habríais hecho perfectamente. El dinero es de los ricos y estos lo toman donde lo encuentran.

H.—Comprendo... Si hubiese sabido leyes, á fe que que hubiera dejado que la recogieran otros, pues á decir verdad, no anima gran cosa ser persona honrada.

C.—Aquí no se trata de ser honrados. Nadie os pide que seáis honrado, Harapo. Se trata únicamente de respetar la ley... ó de evitarla... que viene á ser lo mismo.

H.—Comprendo, comprendo...

C.—Es así. Ved esta cartera... Convento en que, en vuestro lugar y dada vuestra situación, poquísimos la hubieran restituido. Con esto no quiero decir que hayáis sido un imbécil, no. Habéis carecido de prudencia, de oportunidad, de reflexión... En suma, *moralmente* hablando, vuestra acción es altamente meritoria... Si, pero *legalmente*... *legalmente* os habéis colocado en un atolladero.

H.—Comprendo, comprendo...

C.—Fijaos bien y para en lo sucesivo. Ni en el Código ni en ninguna otra parte existe un artículo de ley que os obligue á encontrar de noche, en mitad de la calle, una cartera llena de billetes de banco; pero, en cambio, hay un artículo que bajo penas severas, os *obliga* á tener un domicilio... Creedme, mejor hubierais hecho encontrando un domicilio que una cartera.

H.—Comprendido... Entonces, ¿qué hacer?

C.—Yo os hallaré un domicilio.

H.—¿De veras? Es usted muy bueno...

C.—Esta noche dormireis en el cuartillo, y mañana os enviaré al puesto de Policía Central.

H.—(Asombrado). ¿Cómo, á la cárcel?

C.—(A los guardias). Arrestad á este hombre. Pero sed buenos con él... Es un héroe!

OCTAVIO MIRREAU.

Las leyes y la justicia

—He meditado sobre la filosofía del derecho—dijo monsieur Bergeret,—y he visto que toda la justicia social se basa en estos dos axiomas: el robo es condenable; el producto del robo es sagrado. Estos son los principios que afianzan la seguridad de los individuos y que mantienen el orden en el estado. Si alguno de esos principios tuterales fuera desconocido, la sociedad se derrumbaría toda entera. Ambos fueron establecidos en el principio de los tiempos. Un jefe vestido de pieles de oso, armado de una hacha de pedernal y de una espada de bronce, volvió con sus compañeros al cercado de piedras donde las criaturas de la tribu estaban encerradas con los rebaños de mujeres y de renqíferos. Traían con ellos á las jóvenes y á los jóvenes de la tribu vecina, y también piedras caídas del cielo, que eran preciosas porque con ellas se hacían espadas que no se doblaban. El jefe subió á un montículo, en medio del cercado, y dijo: «Estos esclavos y este hierro, que he arrebatado á hombres débiles y despreciables, son míos. El que ponga sus manos sobre ellos sufrirá el golpe de mi hacha». Tal es el origen de las leyes. La significación íntima de

ellas es antigua y bárbara. Y porque la justicia es la consagración de todas las injusticias, es por lo que aquélla infunde confianza á todo el mundo. Un juez puede ser bueno, porque los hombres no son todos malvados; la ley no puede ser buena, porque es anterior á todo idea de bondad. Los cambios que se han introducido en ella en la sucesión de los tiempos, no han alterado el carácter original. Los juristas la han hecho sutil y la han dejado bárbara. A su ferocidad misma es á lo que debe el ser respetada y el parecer augusta. Los hombres son propensos á adorar á los dioses malos, y lo que no es cruel no les parece venerable. Los justiciables creen en la justicia de las leyes. No tienen una moral distinta de las de los jueces, y piensan, como ellos, que una acción castigada es una acción castigable. Muchas veces me he imaginado al ver, en la policía correccional en la corte de asises, que el culpable y el juez están perfectamente de acuerdo sobre las ideas de bien y de mal. Uno y otro tienen las mismas preocupaciones y una moral común.

ANATOLE FRANCE.

URIEN, SHINE & Co

IMPORTADORES

369 Perú 371

Buenos Aires.

TELEFONOS:

UNIÓN TELEFÓNICA 1450 (Avenida) — COOPERATIVA 1700

SUCURSALES EN:

DUSSELDORF (Alemania) — WOHVERHAMPTON (Inglaterra) — NEW YORK (Estados Unidos)

LA PROTESTA

DIARIO DE LA MAÑANA

Se acojen toda clase de denuncias por abusos de autoridad, patronales, etc. etc.

REDACCION Y ADMINISTRACION:

359 Calle Cordoba 359

Buenos Aires

Anuario Cartológico

Sud Americano

ACABA DE APARECER

Director: A. PELLICER, ex-director de las Revistas «NOOGRAFIA» y «TARJETA POSTAL» que ha demostrado su innegable competencia en la materia.

Trátase de hacer obra original y útil, elegante y artística; que sea á la vez verdadera guía del coleccionista; archivo de pensamientos de descoliantes personalidades; ramillete de sentencias, proverbios, aforismos, cantares y epigramas; album de reproducciones de hermosas tarjetas, últimas novedades é ilustraciones y viñetas de reputados artistas; algo sobre la nueva lengua universal ESPERANTO, de la que tanto se usa para el intercambio postal internacional, *sección destinada á los albums particulares*, con transcripción de culminantes escritos; descripciones artísticas; conceptos filosóficos; colección de pensamientos originales de todo orden: cuanto sea novedoso y relacionado con las tarjetas postales, *Almanaque*, y LA MAS EXTENSA LISTA QUE SE HAYA PUBLICADO DE COLECCIONISTAS NACIONALES Y DE LOS MAS IMPORTANTES EXTRANJEROS, etc., etc.

Para figurar en esta LISTA DE COLECCIONISTAS, basta enviar una tarjeta postal con la firma y domicilio del remitente al editor P. TONINI, FLORIDA 470—BUENOS AIRES. Los que deseen añadir algunas indicaciones más pagarán 0,20 centavos la línea.

“MUSICA PROHIBIDA” UN VOLUMEN DE VERSOS

POR ALBERTO GHIRALDO

Precio: **Un peso.** Pedidos á la Administración de *Martin Fierro*

Santiago del Estero 1072

Buenos Aires